

Tucídides, VI 53-61, y un apunte sobre el principio de la stásis ateniense

Laura SANCHO ROCHER
Universidad de Zaragoza

La famosa digresión en el libro VI de Tucídides sobre la tiranía ateniense ha sido objeto de numerosos estudios por razones evidentes. En primer lugar aporta una percepción de la fase pistrárida llamativamente positiva¹, frente a la general demonización de la tiranía en la época democrática. En segundo lugar, llama la atención un excursus de corte «herodoteo» en un autor de austeridad proverbial. Y, finalmente, y en consecuencia de lo anterior, motiva a los estudiosos hacia la búsqueda de soluciones que justifiquen el largo paréntesis en función de la concepción global de la obra o, al menos, del contexto en que se halla.

Esta breve nota se incluye entre los intentos de la tercera clase², ya que mi objetivo es, no sólo el de exponer a la crítica una solución que explique la intencionalidad de la desviación temática de nuestro historiador sino, dentro de ese intento, el evidenciar que el excursus contribuye a comprender mejor los sucesos del año 415 —al menos, tal como los entendiera el de Oloro— y sus efectos en la marcha ulterior del primer movimiento oligárquico y en la actitud de uno de sus principales promotores, Alcibíades.

Parto de la hipótesis de que la nota tucídidea establece muchas analogías cruzadas y no un simple paralelismo entre los hechos del 415 y años

¹ Que, según P. BARCELÓ, «Thukydides und die Tyrannis». *Historia* 39, 1990, 401-425, pág. 408, es la que compartirían los contemporáneos atenienses de los tiranos, antes de la muerte de Hiparco. Cfr. D. PLÁCIDO, «Tucídides, sobre la tiranía», *Gerión, Anejos* II, 1989, 160-161.

² Cfr. A. TSAKMAKIS, *Thukydides über Vergangenheit*, Tübingen 1995, 209-214, para un resumen de propuestas anteriores. L. PEARSON, «Note on a Digression of Thucydides VI 54-59», *AJPh* 70, 1949, 186-189, también reivindica la existencia de un paralelismo entre los hechos de 514 y los del 415.

siguientes hasta el 411 y los del 514-511; y de la intuición de que el historiador organiza su narración en torno a la idea central del desconocimiento del demos, o más bien, de un especial tipo de desconocimiento que estriba en no saber analizar e interpretar los sucesos³.

Empezaré, en consecuencia, con este problema: aparentemente el Ateniense habría incurrido en contradicción entre el final del capítulo 53 y el inicio del 54, ya que en 53, 3, después de haber descrito el modo irracional en que los atenienses conducían las investigaciones sobre los implicados en los asuntos de los Hermes y de los Misterios, considera este comportamiento fruto de lo que el demos conocía, afirmando que ἐπιστάμενος γὰρ ὁ δῆμος ἀκοή..., es decir, «sabiendo el demo por lo que había oído, que la tiranía de Pisístrato y de sus hijos⁴ se había hecho al final cruel (χαλεπήν) y, además, que no había sido derrocada por él mismo y por Harmodio, sino por los lacedemonios, estaba siempre temeroso y recibía todo con recelo». En 54, 1, casi a renglón seguido, añade: «... yo, conduciendo con detalle el relato [del motivo de la conjura, es decir, una ἐρωτικὴ ξυντυχία] aclararé (ἀποανῶ) que ni los otros ni los propios atenienses dicen nada exacto (ἀκριβῆς)⁵ sobre sus tiranos ni sobre lo sucedido». Y, a partir de este pun-

³ N. LORAU, «Enquête sur la construction d'un meurtre en l'histoire», *L'Écrit du Temps* 10, 1985, 3-21, destaca, tanto la complejidad del pasaje, como el intento de su autor de criticar el conocimiento del demos que, al exaltar el heroísmo de los tiranóctonos situaría la fundación democrática en un hecho de *stásis* (pág. 13). J. OBER, «Thucydides' Criticism of Democratic Knowledge», en R. M. ROSEN y J. FARRELL (eds.), *Nomodeiktēs. Greek Studies in Honor of Martin Ostwald*, Michigan 1993, 81-98, aborda el interés del historiador en constatar su modo de conocer y el del demos, aunque no estudia en concreto el pasaje aquí tratado. En pág. 83 escribe: «The question Thucydides poses is whether the democratic system of knowing about and acting in the world was equal to the challenges posed by great war...», reflexión que se aplicaría con más razón al motivo del enfrentamiento entre los propios ciudadanos atenienses. M. J. PALMER, *Athenian Democracy Empire, and the Problem of Tyranny: a Study of Thucydides*, U.M.I. 1981, 138 y *passim*, también ve en el desconocimiento del demos y en su convicción sobre la culpabilidad de Alcibíades, la causa de la *stásis* ateniense.

⁴ Como señala K. J. DOVER (*HCT* IV, 318) sí hay inconsistencia entre hablar de la tiranía τῶν παίδων, y negar con rotundidad el poder de Hiparco. Lo normal es que la tradición nombre como tirano de una u otra polis sólo a un individuo en un momento concreto, aunque es de suponer que sus familiares, como grupo, tomen parte en un poder que suele ejercerse de forma supra-oficial. De ahí que también sea posible, por ejemplo, hablar de la tiranía de «Pisístrato y sus hijos» de una manera genérica.

⁵ K. J. DOVER (*HCT* IV, 328-9), apunta que con ἀκριβῆς οὐδὲν λέγοντας, Tucídides se adelanta a lo que va a narrar y «crea oscuridad por ser insuficientemente explícito». En suma, el historiador no entraría en contradicción consigo mismo (con 53, 3), sino que estaría adelantando lo que iba a desarrollar, que algunos elementos de la opinión ateniense sobre los Pisistrátidas eran falsos. No puedo estar de acuerdo en que el objetivo exclusivo de Tucídides fuera, como quiere Dover, simplemente «to correct historical error wherever they find it».

to, retoma el momento de la muerte de Pisístrato para demostrar, más adelante (55), que no le sucedió en el poder Hiparco, el que había sido muerto por los tiranóctonos, sino Hipias que era su hijo mayor⁶.

Esto ha llevado a la crítica a dudar de la coherencia del relato, pues parece haber una contradicción entre afirmar que el pueblo sabía que quien derrocó al tirano fueron los espartanos y Alcmeónidas, e intentar deshacer el equívoco acerca de la hazaña de los tiranicidas, para demostrar la banalidad de las tradiciones locales. Aunque, como bien percibe Tucídides, el núcleo de la cuestión está en demostrar que Hiparco no llegó a ser tirano —y, por tanto, su asesinato no fue un tiranicidio— y que su muerte no forma parte de un plan para acabar con la tiranía, sino que se produjo en un momento de temor y cólera. Fornara⁷ afirma que lo que sucede es que los pisistrátidas ejercían la influencia de modo familiar, lo que originaría la confusión sobre quién tenía el poder realmente y, en consecuencia, la supuesta equívoca tradición popular dejaría de serlo.

Volviendo a la cuestión de la logicidad del excurso, o de la eventual equivocación de Tucídides, parece extraño que el historiador haya podido cometer el mismo desliz en dos ocasiones, puesto que en 60, I, una vez narrado el

⁶ En I 20, 2, afirma también que el *plethos* cree que Harmodio y Aristogitón mataron al tirano y que Hiparco era mayor que Hipias.

⁷ Ch. W. FORNARA, «The Cult of Harmodius and Aristogeiton», *Philologus* 114, 1970, 155-180, piensa que la «versión oficial» se había originado tras los hechos o, al menos, en 511-10 y que no pretendía que Hiparco fuera el mayor de los hermanos. Heródoto y Tucídides habrían reivindicado la «versión alcmeónida» que restaba importancia a la «oficial». No obstante, pienso que, si bien es cierto que Heródoto (VI 123) defendía abiertamente el protagonismo de los Alcmeónidas, lo hace afirmando que su acción fue más efectiva, pero no niega una parte a Harmodio y Aristogitón, o dicho de otro modo, no disecciona con ánimo beligerante una tradición venerada y popular. A. PODLECKI, «The political Significance of the Athenian "Tyrannicide"-Cult», *Historia* 15, 1965, 129-139, también cree que el culto a los tiranicidas se inauguraría ca. 510 con las estatuas de Antenor, aunque sólo con la elevación de las de Critios y Nesioetes, después de que Jerjes se llevara las anteriores, el culto se convertiría en popular. DOVER (*HCT* IV, 321 ss.), propone como hipótesis que la opinión que combate Tucídides no sea la del demos simplemente, sino la defendida por un historiador de la talla de Helánico, lo que habría quedado reflejado en el *Marmor Parium* A 45 y en [Pl.] *Hipparchus* 228b, donde Hipias aparece como sucesor de Hiparco. Ahora bien, sólo en el diálogo pseudoplatónico la tiranía se prolongaba durante tres años después del asesinato del hermano mayor. Si bien es cierto que el mismo Dover afirma que es peligroso presuponer una coincidencia entre *MP* y el consenso popular, creo que hay que señalar que la tradición popular, no pudo depender de las elaboraciones historiográficas, sino que, de manera inversa, éstas podrían haber intentado explicar aquéllas. Lo que ha llegado a nosotros a través de Heródoto, Tucídides, *MP* y [Pl.] serían, pues, interpretaciones de una tradición poco precisa en sus términos.

Aunque no es tema de este breve estudio, cfr. M. van der Valk, «On the Composition of the Attic Skolia», *Hermes* 102.1, 1974, 8-9, para una eventual evolución en la leyenda de los tiranicidas que pasarían a ser considerados autores, sin más, de la muerte del tirano (n.º 12), a haber hecho a Atenas isonómica, tras su muerte (n.º 10).

comportamiento de la tiranía después de la muerte de Hiparco, y tras recordar que la conspiración de Harmodio y Aristogitón tomó su iniciativa de un asunto privado (δί ἔρωτικὴν λύπην) y del miedo (59, 1) y que Hipias fue derrocado por los lacedemonios y Alcmeónidas (§ 4), Tucídides vuelve a decir: «Dado que el demos ateniense tenía en mente (ἐνθυμούμενος) esto y recordada cuanto había oído (μιμνησκόμενος ὅσα ἀκοή) sobre estas cosas, estaba desconfiado y violento (χαλεπός)». En suma, no creo que Tucídides pretendiera mantener que el pueblo ateniense desconocía que la tiranía había sido derrocada con ayuda de una fuerza extranjera o que mantuviera explícitamente que Hiparco era tirano cuando fue asesinado. La solución desde mi punto de vista no está en lo que en concreto el pueblo sabe o desconoce sino en cómo lo sabe y cómo de ello saca pautas de interpretación y de comportamiento para las experiencias contemporáneas.

Supongamos que el demos ateniense sabía cómo acabó efectivamente la tiranía y, además, consideraba a la pareja de tiranóctonos un símbolo de la liberación de la ciudad y, por tanto, héroes merecedores de respeto y culto; y supongamos también que Tucídides quiere evidenciar la falacia de su conocimiento. En ese caso su objetivo habría de ser doble: minusvalorar la supuesta hazaña del 514 a.C., y mostrar que lo que conoce sobre el final de la tiranía de Hipias no es aplicable a los sucesos del 415. Y esto, justamente, es lo que consigue en esta digresión.

En primer lugar, Tucídides saca la conclusión de que, puesto que Harmodio y Aristogitón son venerados como tiranicidas, el demos ateniense tendría que creer realmente que Hiparco era el tirano cuando fue muerto. Por ello, su primer paso en 54, 2 es afirmar que «habiendo muerto Pisístrato de anciano cuando ejercía la tiranía, no fue Hiparco, como cree la masa (ὥσπερ οἱ πολλοὶ οἴονται), sino el mayor, Hipias, quien obtuvo el poder» y, después de ello, nos explica qué fue lo que motivó la actuación de la pareja de tiranicidas y cuál era su relación con Hiparco. Tucídides, no obstante, reconoce que Aristogitón conspiró para derrocar la tiranía (ἐπιβουλεύει... κατάλυσιν τῆ τυραννίδι, 54, 3) y que existía un grupo de conjurados (56, 2: τοῦς ξυνεπιθησομένους) pero expone que el miedo, al sospechar que hubieran podido ser delatados (57, 2), no permitió a los implicados en el complot llevar a cabo la empresa y, movidos entonces por la cólera (δί ὀργῆς ὁ μὲν ἔρωτικῆς, ὁ δὲ ὕβρισμένος, § 3), se dirigieron a una presa más fácil y mataron a Hiparco quien, en definitiva, era el causante de todo el mal pero no el objetivo de los conjurados⁸.

⁸ De entrada, resulta ya chocante la insistencia tucídidea en que un asunto amoroso, rápidamente motivó la preparación de un complot político.

La afirmación de que Hiparco no era tirano cuando murió va acompañada, por lo demás, de una demostración en la que Tucídides compara implícitamente su modo de conocer con el del demos (55): «Que Hipias ejerció el poder debido a ser el mayor, lo sostengo firmemente porque lo sé incluso por relatos más exactos que los demás (εἰδὼς μὲν καὶ ἀκοῆ ἀκριβέστερον ἄλλων ἰσχυρίζομαι), pero cualquiera lo sabría a través de este razonamiento...»; y sigue una argumentación en la que se entrelazan pruebas materiales y la lógica del comportamiento histórico —la dificultad que habría acompañado a una eventual sucesión de Hipias, caso de que Hiparco hubiera muerto siendo tirano—, y que lleva al historiador a la conclusión de que la fama de Hiparco se debe exclusivamente a la desgracia de su pasión (τοῦ πάθους τῆ δυοστυχία § 4). Con ello, la conjura queda totalmente ridiculizada, tanto en su móvil, como en su efecto; la tradición popular, analizada en sus pormenores, resulta fútil, y se asienta, como casi siempre en Tucídides, la certeza indiscutible de la visión del Historiador.

Pero el demos no necesariamente creía que Híparco hubiera sido tirano, ni esto realmente le preocupaba mucho o nada a fines del siglo v, cuando las estatuas realizadas por Critios y Nesiotes constituían un símbolo de la libertad de la ciudad y del final de un periodo de dominio tiránico. Al fin y al cabo, la muerte de Hiparco se originó en la existencia de un complot, cuyo detonante (el mal de amores) ya no preocupaba a nadie; y esta muerte fue efectivamente el principio del fin de un régimen que la democracia había execrado. Tucídides, en su pretensión de desprestigiar la sabiduría popular se esfuerza en extraer las consecuencias racionales del mantenimiento de un símbolo, cuyo lenguaje es otro.

¿Qué queda, pues, de lo que el pueblo sí sabe, es decir, del modo en que, de hecho, concluyó el régimen de Hipias, y de cómo el demos ateniense dependía de ese saber para interpretar los hechos recientes?

El recuerdo de la existencia de conjurados para derrocar a Hipias desde el 514, lo que quizás daría lugar a la actuación de los Alcmeónidas fuera de Atenas y a la intervención espartana, hacía, según Tucídides, que los atenienses estuvieran recelosos, por encima de lo razonable, con relación a la situación originada tras la mutilación de los Hermes y la denuncia del sacrilegio cometido con las Diosas de Eleusis (cfr. 27, 3: ἐδόκει ...ἐπὶ ξυνωμοσία ἅμα νεωτέρων πραγμάτων καὶ δήμου καταλύσεως, cfr. 28, 2). Según Andócides (*Myst.* 36) fueron algunos líderes del demos, entre ellos Pisandro y Caricles —quienes luego fueron conocidos oligarcas— los que hicieron circular el rumor de que ambos hechos tenían implicaciones de mayor envergadura y que no sería cosa de unos pocos, sino que eran numerosos los conjurados. En consecuencia, y creyendo en la existencia de una

conjura, e incluso en el apoyo exterior del ahora enemigo lacedemonio, el demos ateniense aceptaba todo tipo de acusación, sin controlar previamente al acusador/delator (53, 2: οὐ δοκιμάζοντες) porque creía que así lo que hacía era «contrastar», o comprobar, el asunto y descubrirlo (*ibid*: βασιανίσαι⁹ τὸ πρῶγμα καὶ εὐρεῖν), cuando en realidad estaba procediendo como había hecho Hippias tras la muerte de Hiparco: culpó a los que le parecieron sospechosos (58, 2) e hizo matar a muchos ciudadanos (59, 2).

Así pues, y siempre según Tucídides (60, 2), todas las detenciones efectuadas en 415 lo sería a raíz de esas, más que sospechosas, acusaciones, y nunca hubo sino conjeturas (εἰκόζεται), por tanto no evidencia (τὸ σαφές); ni entonces ni más tarde. Esta afirmación contradice lo que supone el relato de Andócides en defensa de su propia delación, a la que alude en el discurso *Sobre los Misterios*, y que habría tenido la virtud de frenar la vorágine de acusaciones falsas¹⁰.

En suma, Tucídides está negando que, en 415 —a diferencia del complot anti-tiránico del 514— hubiera una conjura para derrocar la democracia; dato a tener en cuenta debido a lo precioso de la información que este historiador pudiera manejar. Es conocido que el Ateniense se exilió voluntariamente de su ciudad tras la caída de Anfípolis y que, por tanto, no tuvo experiencia directa de estos acontecimientos, aunque es muy probable que buena parte de su información procediera de los exiliados oligarcas que después del fracaso del gobierno de los Cuatrocientos narrarían sus experiencias políticas al retirado en *Skapte Hyle*. En este sentido, y a tenor de las fuentes de nuestro historiador, cobra más verosimilitud su empeño en mostrar que en el 415 nadie había pensado aún en derrocar el régimen, y en quitarle importancia a unos hechos que el demos había sacado de su lugar, quizás —como apunta Andócides (I 36), lo que resulta verosímil y muy coherente con la afirmación de Tucídides (28, 2) de que eran los enemigos de Alcibiades los que movían la rumorología— manipulado por algunos de los rétores, y víctima, en este sentido, de intereses personalistas. Pero las consecuencias de su relato no se detienen en este hecho.

En 54, 5-6, encontramos una extraña apología del gobierno de los tiranos atenienses. Tucídides inicia su descripción de esa ἀρχή, diciendo que «globalmente no era desagradable para las masas (ἔς τοὺς πολλούς) sino que se habían instalado sin causar odios», después de esto afirma que los tiranos practicaron la virtud, la inteligencia (§ 5: ἀρετὴν καὶ ξύνεσιν),

⁹ Cfr. con I 20: ἀβασανίστως, en relación con el modo en que los hombres toman las tradiciones orales.

¹⁰ Cfr. D. M. MACDOWELL, *Andokides. On Mysteries*, Oxford 1962, 15 ss.

fueron respetuosos con los *nomoi* y piadosos (§ 6); en suma, sólo la sospecha de la existencia de una conjura contra Hipias y la violenta reacción de éste en la creencia de que eran muchos los implicados¹¹ convirtió a ese régimen, que en general era bien recibido, en un sistema odiado y duro de soportar (53, 3). Fue, pues, la responsabilidad de quienes por sus problemas privados iniciales, y por el temor y la cólera ulteriores, se habían lanzado a una «audacia irreflexiva» (59, 1: ἀλόγιστος τόλμᾱ cfr. III 82, 4), lo que condujo a un empeoramiento del réminen y, en última instancia, desembocó en un complot bien urdido y con ayuda exterior para derrocar a los tiranos.

En la Atenas de fines del 415, como hemos visto, no fue una conjura para derrocar al gobierno del demos lo que motivó la actuación de los hermocópidas y de los imitadores de los Misterios¹², pero la creencia del demos (61, 1) de haber obtenido claridad sobre las motivaciones traidoras de lo sucedido con la mutilación de los Hermes hizo suponer que también los profanadores de los cultos eleusinos estaban conjurando contra el demo (τὸ τῶν Ἑρμῶν ὄοντο σαφὲς ἔχειν τὰ μυοτικά... ἐπὶ τῷ δήμῳ... ἐδόκει παραχθῆναι). Los atenienses sospecharon entonces que Alcibiades había llamado a los espartanos para acabar con la democracia, ya que casualmente (ἔτυχε) un contingente lacedemonio se aproximó al Istmo para negociar con los beocios, y ello se atribuyó a una maquinación¹³ del político ateniense que, por lo demás, estaba acusado de haber practicado los

¹¹ En 56, 3: οὐ πολλοὶ οἱ ξυνομομοκότες...; 59, 2: καὶ ὁ Ἱππίας διὰ φόβου ἤδη μᾶλλον ὢν τῶν τε πολιτῶν πολλοὺς ἔκτεινε... También en VIII 66, 2, en el clima de terror creado en Atenas previamente a la introducción de la oligarquía de los Cuatrocientos: δεδιῶς καὶ ὄρων πολὺ τὸ ξυνεσθηκός...

¹² D. M. MACDOWELL, *op. cit.*, 191-193, niega implicaciones políticas al acto de profanación de los Misterios; pero la reconoce al plan de los hermocópidas, cuyo objetivo sería impedir la salida de la flota preparada para ir a Sicilia. Por ende, Alcibiades no estaría implicado en estos hechos, como, por lo demás, sabemos tanto por Andócides, como por Tucídides, quienes sólo lo relacionan con acusaciones relativas a los Misterios. O. AURENCHÉ, *Les groupes d' Alcibiade, de Léogoras et de Teucros. Remarques sur la vie politique athenienne en 415 avant J.C.*, Paris 1972, 172, ve en el acto de las hermocópidas una provocación; el sacrilegio partiría del grupo de Leógoras y Andócides estaría, lógicamente y como apunta Tucídides, implicado (pág. 168). O. MURRAY, «The Affair of the Mysteries: Democracy and the Drinking Group», en O. MURRAY (ed.), *Symptica*, Oxford 1990, 149-161, no cree que ninguna de las dos transgresiones pueda verse como esencialmente política, aunque sí ve un potencial de oposición al demos en los mismos grupos simposíacos o hetéricos, y sus manifestaciones de provocación. Como acto de *pis-tis*, planeado con antelación, la mutilación de los Hermes sería una acción desafiante en la que se manifestaría la voluntad diferenciadora y se plantearía un reto a los valores comunitarios.

¹³ Véase en todo el pasaje la repetición de los términos relativos a la conjura y la traición: παραχθῆναι... πράσσουντες... πράξαντος... προδοθῆναι.

Misterios en domicilios privados (28, 2; Andoc., *Myst.* 11-14 y 16; cfr. Plu., *Alc.* 22 que cita la *εἰσαγγελία* de Tesalo). Contribuyó a incrementar las sospechas hacia este personaje el que sus huéspedes argivos por aquel tiempo hubieran sido acusados de actividades contra el demos (τῷ δήμῳ ἐπιτίθεσθαι, § 3). En suma, parece que Tucídides nos dice que la irracionalidad del demos y su reacción violenta (60, 2: ὀργιζομένων πολλοί... ἐς τὸ ἄγριώτερόν...) ante los sacrilegios cometidos por algunos miembros de heterías oligárquicas, la incomprensión del verdadero alcance¹⁴ de los hechos, la persecución declarada contra Alcibíades¹⁵, todo ello fue responsable de que éste, al fin, optara por huir de su ciudad, buscar refugio en Esparta, y luego intentase volver a la ciudad en el 411 —como quiso hacer Hípias en 490 (59, 4)— cambiando el régimen de ésta. Y lo que es más, el mismo demos, con su ceguera, fue el causante de que un régimen muy llevadero para la mayoría se transformase en un gobierno receloso y policial que dividió a los ciudadanos y acabó cayendo a manos de los oligarcas a quienes Alcibíades había convencido; fue, por tanto, el responsable de la verdadera *στάσις* en la ciudad, de la posterior organización política de los oligarcas y del intento serio de cambio de la *politeia* que, a instancias del voluble Alcibíades, emprendieran los oligarcas organizados del 411 en Samos y luego en Atenas.

En suma, Tucídides aprovechaba en la digresión tiránica, una vez más, la ocasión de «evidenciar» cómo suele comportarse el demos, de poner de relieve las carencias de la naturaleza humana común para conducir los asuntos de la ciudad; y, si ello no significa exonerar a Alcibíades de una responsabilidad parcial en que, a la muerte de Pericles, predominara la competición de personalidades concretas en la escena política (II 65, 10) sobre el interés común de la ciudad, sí implica, al menos, hacer recaer una parte importante de la causa de la guerra civil en Atenas a las reacciones incontroladas de un demos desinformado, manipulado e incapaz de un análisis frío y exacto.

¹⁴ Cfr. en 28, 2: ἐμεγάλυνον...

¹⁵ Que Tucídides parece no tener por justificada: cfr. 28-29 y 60, 6.